



*La inmensidad del mar de los afectos:
la dimensión afectiva
de la migración
en Michoacán y Ciudad de México*

por Diana Tamara Martínez Ruíz

RESUMEN: La migración es un fenómeno complejo con múltiples aristas. En ella confluyen tanto los procesos macro económicos, sociales y políticos, como el nivel micro de las experiencias íntimas de las familias y los individuos. Este texto ofrece una propuesta para estudiar uno de los aspectos que ha sido dejado un tanto al margen de los estudios migratorios: la dimensión afectiva de las personas que se ven *afectadas* por la migración; en este caso concreto, por mujeres que han migrado o que son esposas, madres, hermanas o hijas de migrantes. El empleo de una metodología de corte etnográfico y el uso de recursos como las entrevistas-relato hacen posible acercarnos –a través del lenguaje– a las emociones que detona la migración como la incertidumbre, la tristeza, la vergüenza, el dolor, entre otras. El análisis de los relatos nos lleva a plantear una serie de reflexiones acerca de cómo se vive la migración en el terreno emocional y cómo la dimensión afectiva es parte fundamental en la toma de decisiones y, por tanto, en las transformaciones de las dinámicas en los grupos familiares y en la comunidad.

PALABRAS CLAVE: migración; afectividad; emociones; relatos.



ABSTRACT: Migration is a complex phenomenon with multiple edges. It brings together macro economic, social and political processes, as well as the micro level of the intimate experiences of families and individuals. This text offers a proposal to study one of the aspects that has been left aside from migration studies: the affective dimension of the people affected by migration; in this specific case, by women who have migrated or who are wives, mothers, sisters or daughters of migrants. The use of an ethnographic methodology and the use of resources such as interview-stories make it possible to approach –through language– the emotions that migration triggers, such as uncertainty, sadness, shame, pain, among others. The analysis of the stories leads us to propose a series of reflections about how migration is experienced in the emotional field and how the affective dimension is a fundamental part of decision-making and, therefore, in the transformations of the dynamics in the family groups and in the community.

KEY WORDS: migration; affectivity; emotions; story/narration.

INTRODUCCIÓN

En este texto se muestra una propuesta para acercarse al conocimiento de la dimensión afectiva de las personas que migran, pero también de las que se quedan y que son influidas de diversas maneras por la migración como proceso de vida local, social y global. Son las esposas, los hijos, los hermanos, las madres quienes viven la migración desde distintas esferas de su vida cotidiana.

La estructura del texto consta de cuatro apartados: la primera parte aborda la migración y su contexto; después se trata el tema de los afectos y su estudio desde las ciencias sociales; en el tercer punto se expone una propuesta propia para estudiar la vida afectiva a partir de la migración como escenario, donde la articulación entre las distintas escalas, pueden verse y analizarse a través del lenguaje; las bisagras entre lo micro y lo macro, la vida pública y la vida privada, así como la subjetividad ubicada en la escala más íntima de las personas, se conocen desde las minucias del lenguaje. En el cuarto apartado se han seleccionado algunos relatos recopilados a lo largo de varios años de trabajo de campo en el municipio de Coeneo, Michoacán y ciudad de México, que sirven de muestra para el análisis de la afectividad en la migración; en ellos se expresan sentimientos y emociones tan complejas y profundas como la incertidumbre de la espera, el dolor de la separación o simplemente la risa, todo ello ante situaciones adversas.¹

Finalmente se expone una serie de reflexiones que esperan ser sugerentes para nuevos cuestionamientos e investigaciones y ampliar el estudio de la vida afectiva desde la perspectiva de los estudios sociales.

¹ Agradezco los aportes hechos a la versión final del artículo de la Mtra. Martha González Lázaro.



PUNTO DE PARTIDA

La migración humana es un acto de movilidad (temporal o permanente) que propicia cambios y transformaciones en múltiples ámbitos de la vida de las personas, y a partir de estos cambios se provocan reflexiones que van desde el cuestionamiento de situaciones que por norma y forma son aceptadas, por ejemplo, la vida sedentaria, la identidad, la vida en una familia unida, la vida en comunidad, hasta reflexiones sobre los sistemas sociopolíticos actuales y las concepciones sobre el estado-nación, de las fronteras y el territorio. Por ello considero que la migración como proceso social es una excelente oportunidad para mirar la intensidad de la vida afectiva en la migración. Alguna vez un colega, al explicarle mis temáticas de análisis en la migración, resumía mi trabajo como “el estudio de la migración en la intensidad del mar de los afectos”; la idea me gustó porque da una respuesta visual si imaginamos que la migración es un mar con las dimensiones de agua y opulencia, que contiene y detona el universo de los afectos y las emociones.

Decidí estudiar los afectos en la migración porque trastoca lo más profundo del ser humano, toca lo más íntimo, toca la separación, la despedida, la espera, la ruptura, la incertidumbre. Lo doloroso, el malestar y las pérdidas en el más amplio sentido de la palabra y lo que significan estas emociones. Está asociada y relacionada con las *emociones primarias del ser humano*: la separación, la ausencia, la pérdida, la incertidumbre, etcétera, por lo que considero que la migración es un potenciador de una gama de emociones.

Uno de los supuestos que guía este texto es que los eventos macro-sociales, como la migración, influyen en la vida íntima de cada persona que se implica. La migración detona una multiplicidad de afectos y condiciones y las personas involucradas utilizan sus capacidades simbólicas para percibir, representar, comprender e interpretar lo que perciben en la migración, convirtiéndolo en experiencia.

Con base en lo anterior, resulta necesario estudiar la migración en *la inmensidad del mar de los afectos* pues se trata de muchas emociones, muy intensas y diversas, que en momentos surgen de manera simultánea y contradictoria a la vez. Muchas de estas emociones no son tan controlables para quien las experimenta, por el contrario, aparecen incomprensibles y ambivalentes para el propio sujeto. Las migraciones de personas se estudian como un fenómeno vasto porque contienen una diversidad de dimensiones, causalidades y complejidades que se desarrollan y que irrumpen en las vidas de quienes lo experimentan tanto en ámbitos macrosociales como individuales. De ahí el interés de estudiar las emociones en la migración.

LOS AFECTOS Y EMOCIONES DESDE LAS CIENCIAS SOCIALES

Una de las dimensiones más íntimas y primarias de los seres humanos es la emocional, pero, paradójicamente, es una de las temáticas que han sido dejadas de lado por las ciencias sociales en general. Los afectos y las emociones fueron estudiados principalmente por la filosofía y la psicología, sin embargo, estas aproximaciones se



concentraron en mayor medida en la experiencia individual del sujeto, dejando en segundo plano las implicaciones socioculturales del surgimiento de las emociones en el ser.

El campo de estudio de la dimensión social de las emociones es relativamente nuevo; se ha desarrollado por autores que desde la antropología y la sociología comenzaron a indagar sobre estas temáticas, como M. Mauss, G. Bateson, M. Mead, Th. J. Scheff, A. R. Hochschild y Th. D. Kemper, hasta autores contemporáneos como D. Le Breton y E. Bericat.

La incorporación de las emociones a los estudios sociológicos implica investigar y “teorizar sobre todo aquello que se hace evidente cuando hacemos la simple asunción de que lo que sentimos es tan importante como lo que pensamos o lo que hacemos para el resultado de la interacción social” (Hochschild 117). Resulta inconcebible un actor cuya conciencia esté poblada exclusivamente de *ideas* o cogniciones, pero que carezca en absoluto de *valores sociales o de emociones*. Por este motivo, la descripción y la explicación o comprensión sociológica de cualquier fenómeno de la realidad será incompleta, y por tanto falsa, si no se incorpora el *sujeto sintiente* al estudio de las estructuras y los procesos sociales (Bericat, *sociología* 145).

En un primer momento podemos entender las emociones como fenómenos psicológicos que unen o escinden el cuerpo, el alma y la mente, que dirigen la toma de decisiones, la percepción de los eventos sociales e impulsan la conducta. Una emoción es un episodio de percepción interna de un sentimiento, una *experiencia del alma* relativa a un estado o acontecimiento producido en el cuerpo, que dispone a o prepara para una reacción de éste (Abbagnano 379-396).

La clasificación inicial que han hecho algunos autores para comenzar a analizar la dimensión social de las emociones consiste en dividir las emociones *primarias*, que

se consideran respuestas universales, fundamentalmente fisiológicas, evolutivamente relevantes y biológica y neurológicamente innatas. Por el contrario, las *secundarias*, que pueden resultar de una combinación de las primarias y están muy condicionadas social y culturalmente. Algunos autores incluyen entre las emociones primarias el miedo, la ira, la depresión o la satisfacción (Kemper, 1987), mientras que otros incluyen la satisfacción, la felicidad, la aversión-miedo, la aserción-ira, la decepción-tristeza y el sobresalto-sorpresa (Turner, 1999: 145). La culpa, la vergüenza, el amor, el resentimiento, la decepción o la nostalgia serían emociones secundarias. (Bericat, *Emociones* 2)

Sin embargo, esta visión –más cercana a la psicología– resulta un tanto incompleta o sesgada puesto que no toma en cuenta los aspectos sociales y culturales de las emociones, es decir, deja de lado la manera en la que aprendemos a sentir y expresar las emociones. Por su parte, Le Breton plantea una crítica desde la antropología de las emociones hacia el estudio de las emociones de manera individual y naturalista, pues señala que tal enfoque

Busca un lenguaje natural de las emociones anatómicamente y fisiológicamente identificable. Se basa en un dualismo que enfrenta a las emociones construidas en sustancia psicológica (la alegría, la ira, etc.) por un lado, y por otro al individuo en quien éstas transitan temporalmente y se “expresan” de manera indiferente a quien se trate. (Le Breton 71)



En resumen, las emociones no son sólo reacciones fisiológicas al interior de los sujetos, sino, por el contrario, son modeladas y aprendidas en el contexto cultural donde se desenvuelven los sujetos, donde actúan los actores sociales.

En suma, la sociología de las emociones tiene ante sí dos tareas fundamentales: estudiar la naturaleza social de las emociones y estudiar la naturaleza emocional de la realidad social (Bericat, *Emociones*). Si entendemos las emociones en su sentido social, tenemos un puente entre el mundo interno del sujeto y el mundo externo de la sociedad.

Las emociones son modos de afiliación a una comunidad social, una forma de reconocerse y de poder comunicar juntos, bajo un fondo emocional próximo. A través de los signos que traducen a los demás, las emociones informarán mutuamente a los actores en presencia sobre sus sentimientos mutuos (o lo que dan a ver) y son así vectores esenciales de la interacción. (Le Breton 73)

Siguiendo esta última idea es posible enlazar la dimensión afectiva al ámbito de *lo subjetivo* y entrar así en un terreno movedizo y ambiguo del mismo ser, que puede resultar, hasta cierto punto, incontrolable e inconsciente, ya que, por ejemplo, podemos estar enojados, actuar el enojo y no darnos cuenta o no lograr nombrar el enojo.

Retomo el término de *dimensión afectiva* propuesto por la antropóloga Edith Calderón para englobar los distintos sentimientos, emociones o estados de ánimo que expresan las mujeres relacionadas con el fenómeno migratorio a través de sus relatos. De acuerdo con la autora

La dimensión afectiva debe ser entendida como la depositaria de los universos emocionales que comúnmente se conocen como emociones, pasiones, sentimientos, afectos, etcétera. Todos ellos son constituidos por repeticiones de vivencias significativas que son descritas, nombradas, interpretadas, expresadas, compartidas, contagiadas, comunicadas e intercambiadas con los otros sujetos. Las vivencias significativas se expresan y comunican en diversos campos semánticos donde se busca, analiza y define el sentido del lenguaje y de las acciones dependiendo de su contexto. Así, la dimensión afectiva incluye una multitud de campos semánticos y estados anímicos que elaboramos, clasificamos y a los que valoramos entre lo que pensamos como positivo o negativo de acuerdo con cada cultura. (Calderón, *papel* 12-13)

La dimensión afectiva, entonces, hace referencia a un ámbito que incluye distintos niveles –psíquico, individual y social– y diversas emociones y sentimientos; pero, además, permite estudiar la manera en cómo esos componentes son expresados o comunicados, ya sea de manera verbal o corporal, considerando el lenguaje como una de las vías a través de las cuales el análisis de la afectividad se hace posible.

EL PUNTO DE VISTA METODOLÓGICO

Para el estudio de las emociones y los afectos en un contexto migrante, parto de considerar que los hechos sociales son acciones integrales que articulan los distintos niveles de la estructura social, en la escala macro con la micro, y que esto comprende tanto las acciones de corte estructural como la escala subjetiva.



Al nivel de análisis social, a las dimensiones *macro* se les atribuye el no mirar los aspectos específicos de las realidades concretas y locales, y que por ello se distorsiona la realidad al detenerse en comprender los hechos sociales solo y meramente como parte de una realidad *macro* o globalizada. Mientras que a los enfoques *micro* se les critica de lo contrario, dado que privilegian mirar la realidad como diversidad o heterogeneidad de los actores en escalas sumamente reducidas, de tal forma que se les acusa de producir un análisis a partir de esquemas poco representativos de la compleja realidad social.

Mi punto de vista es que las acciones individuales, al relacionarse y consensarse con los integrantes de una sociedad, conforman acciones colectivas y a su vez estas acciones van conformando los opulentos eventos sociales, como el mar; ese es el caso de las migraciones y las movilidades humanas.

Entendemos la migración como un fenómeno lleno de aristas, conformado por eventos particulares que se significan por decisiones subjetivas relativas a la migración individual o grupal de un pueblo o una región. Pero, al mismo tiempo, la miro como una acumulación de experiencias colectivas que pueden llegar a constituirse, como el mar, en grandes oleadas de migración que corresponden con un proceso nacional e internacional. Es por ello que en la migración confluyen las escalas micro y las macro; las dimensiones sociales, políticas, económicas, familiares, individuales y subjetivas.

En esta propuesta apuesto por acentuar el estudio de la dimensión afectiva de la migración, sin olvidar que dicha dimensión está inserta en –y no puede separarse de– una esfera *macro* como lo es la globalización y las distintas políticas económicas y migratorias que de ella se desprenden.

Un aspecto medular que guía esta propuesta es apreciar cómo a través del lenguaje se comprende la subjetividad humana. En concreto, se analiza cómo a través de los relatos es posible adentrarse en el estudio de la dimensión afectiva de los sujetos involucrados con el fenómeno migratorio. Los relatos permiten expresar las emociones y los afectos que la migración les detona.

Por ello, el lenguaje, en el amplio sentido de la palabra, es entendido como una herramienta para conocer la complejidad simbólica de las personas y su cultura. El lenguaje es comprendido como un modo de expresión que a veces va más allá de lo verbal, es decir, que nos dice sin decirnos, que expresa verbal o implícitamente. A través de aquellos actos del habla que –por decirlo de alguna manera– están fuera del control del emisor (risas, silencios, equivocaciones, afectos y emociones).² También de las obras gráficas (los dibujos de los niños, juegos infantiles), así como por medio de aquellos eventos que aluden a la descripción de los espacios y de las situaciones cotidianas.

Los afectos, al igual que muchos símbolos rituales y poéticos [...] son fuentes de ese poder indefinido, vago, de penumbra, que indican lo extraordinario que persiste en nuestra vida cotidiana, que muestran la presencia insólita: más que decir lo que ella es, aluden a lo que no es [son] estos silencios elocuentes –que se encuentran en las experiencias religiosas, en las

² Freud aborda los actos del habla –en su teoría acerca del inconsciente y su manifestación en la vida cotidiana– a través de los procesos de “condensación” de “lo manifiesto” y “lo latente” en las manifestaciones expresivas (como en el chiste, las bromas, equivocaciones, omisiones, olvidos, errores, tartamudeos, etcétera). Véase *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901) y *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905).



afectivas, en las artísticas y, a veces en las sexuales– generan matrices dinámicas e inagotables de conceptos, de metáforas, de fuentes ilimitadas de definiciones, que se empeñan por hacerlos “visibles”, por darle algún sentido a esos silencios plenos de significado. Es decir, introducen la razón y el lenguaje pues no disponemos de otros dispositivos para dar cuenta de tales silencios [...] [así] las palabras que buscan describir sentimientos operan como proyectiles verbales [...] a los que no podemos permanecer inmunes. (Díaz Cruz 45-46)

De acuerdo con Bajtín el lenguaje es una necesidad del ser humano “de expresarse y objetivarse a sí mismo” (256). Entonces, los procesos de interacción social ocurren necesariamente a través de la acción comunicativa, nombrada por el autor *comunicación discursiva*; se trata de una acción construida por enunciados eslabonados “heterogéneos y ajenos” (307). Para Bajtín, en la comunicación discursiva, ocurre un *diálogo imaginario*, el cual está constituido por más voces conjuntadas –aunque no articuladas– en la propia voz del hablante.

La comunicación discursiva está conformada por ese diálogo imaginario en donde participan el autor (hablante), el destinatario (oyente) y un tercero (virtual) representado por diversas imágenes, ya sea por una construcción personal del hablante acerca de su destinatario (sin ser necesariamente correspondiente al destinatario real de la comunicación discursiva, sino un destinatario imaginario constituido por significaciones del hablante), ya sea representado por las voces provenientes de otras interrelaciones de momentos pasados, de momentos presentes o voces de expectativas de futuro: “El tercero señalado no es en absoluto algo místico o metafísico [...], sino que se trata de un momento constitutivo del enunciado completo que se pone de manifiesto en un análisis más profundo del enunciado mencionado” (Bajtín 319).

Tales voces concertadas en la voz del hablante pueden provenir de un sinnúmero de personajes y experiencias en la interacción comunicativa, no solamente asociadas a individuos específicos sino a representaciones de sectores sociales:

[...] no hay discurso que no tenga voz, que no pertenezca a nadie. En todo discurso se perciben voces, a veces infinitamente lejanas, anónimas, casi impersonales [...], casi imperceptibles, así como voces cercanas que suenan simultáneamente al momento del habla. (316)

Los diversos enunciados que provienen del mismo hablante en la comunicación discursiva están entrelazados por “relaciones que les dan sentido” y logran un carácter dialógico entre los enunciados; estos sentidos de cada enunciado se distribuyen entre las diversas voces que emanan del hablante y que conforman su discurso: “Sobre [los enunciados] recaen los reflejos de otras voces, los compenetra la voz del mismo autor” (306).

La posibilidad de mirar el lenguaje y de analizarlo más allá de lo propiamente dicho está basado en dos supuestos fundamentales a partir de los cuales se estableció la metodología. El primer supuesto es lo que ya se ha mencionado, siguiendo a Bajtín, acerca de la existencia del diálogo imaginario conformado por varios elementos propios del hablante, por ejemplo la percepción del destinatario (Otro) y las imágenes de éste construidas por el hablante, así como los momentos en espacio, tiempo y circunstancia desde donde provienen las diversas voces del hablante y que se manifiestan en las relaciones de sentido de los enunciados que crea el hablante en su comunicación discursiva.



La elección de esta metodología se basa en la idea de que la comunicación discursiva permite adentrarnos en las subjetividades. Y que, a su vez, la subjetividad y la dimensión afectiva transitan por estas vertientes de la comunicación discursiva.

Para la lingüística clásica (por ejemplo en Saussure), la presencia del otro se había remitido en el estudio del discurso únicamente como parte de un proceso pasivo a quien se le asignaba el papel de recibir y comprender el discurso del hablante; a este esquema Bajtín lo llama "ficción científica" (257), pues se queda como mera *abstracción* de un momento real en donde el oyente también cumple un rol esencial en la construcción discursiva del hablante. En este sentido, considero que la manera de acercarse al estudio de la *comunicación discursiva* tiene más relación con el estudio del lenguaje desde una percepción social, en tanto que se construye en la interacción, y no meramente utilizando recursos "lingüísticos puramente gramaticales" (290), sino a través de mirar las connotaciones interactivas y marcas gramaticales producidas durante la interacción (por ejemplo, los pronombres, los vocativos, medios léxicos y morfológicos, elementos sintácticos, etcétera).

Por otra parte, para Habermas (122) la *acción social* es toda percepción del yo con el cuerpo de otro, en función de una relación entre la conducta de dos o más personas, a la que se adjudica un significado subjetivo, y precisa que la acción comunicativa es un caso particular de interacción porque el yo es a la vez un prerrequisito y un componente obligado para tal acción.

El actor es representante de una multiplicidad de significaciones subjetivas, que son en parte proyectadas y también provenientes de otras esferas subjetivas.

Dos personas en interacción, como dice Shütz, son dos miembros donde se da lugar a la interpretación; y se requiere que la persona que realiza una acción social sea consciente de mucho más que de la pura existencia del otro. Así, deberá darse cuenta del significado de la conducta del otro e interpretarlo en una simultaneidad real:

Quando dos personas se encuentran [...] al alcance de la experiencia directa de la otra, digo que están en la situación cara a cara [...] presupone una simultaneidad real que dos corrientes de conciencia separadas tienen una con otra. [...] la simultaneidad [es] en donde la acción de la otra persona está siendo temporalmente paralela a la nuestra [...] esta sincronía es la interacción social y es la esencia de la relación interpersonal [...] (Schütz 174)

Al descubrir los contenidos implícitos, ocultos, distorsionados, lo incoherente con respecto a lo explícito y lo evidente es donde se muestran los significados de la realidad social. De ahí surgen los siguientes interrogantes: ¿Desde dónde nos habla nuestro hablante? ¿Desde dónde escuchamos e interpretamos a nuestros hablantes? Es el momento donde ocurre la acción comunicativa producida en la interacción con otro, ya sea el real o los que representa el otro real. Es en esta dimensión bisagra de la realidad concreta con lo subjetivo en donde se da la producción de relatos, ocurre la escucha, se ofrece empatía y la búsqueda de significados; todo en un contexto donde ocurre el trabajo etnográfico y multi-situado.

El empleo de una metodología de corte etnográfico me permitió realizar entrevistas a profundidad y registrar historias de vida mediante los diarios de campo y el registro sonoro de las entrevistas para lograr encontrar una polifonía en las voces de las



mujeres que de una u otra forma se han visto relacionadas con el fenómeno migratorio de manera muy intensa: como hijas, como madres, esposas o hermanas. Además, resultó relevante el tomar en cuenta las prácticas que, como investigadora, me asignaron las mujeres con quienes convivía.

Seleccioné una variante de la *historia oral* como metodología, la entrevista-relato, porque la consideré como una pieza de equilibrio y de intersección en las diversas dimensiones que integran el mundo objetivo con el mundo individual y subjetivo (que contiene las experiencias, los recuerdos, memorias, olvidos, percepciones, puntos de vista, emociones y sentimientos) y en donde preponderan las conciencias personales ante los acontecimientos sociales. Con este acercamiento se explora cómo es que la historia y la vida individual, las elecciones y respuestas afectivas e ideológicas, están socialmente determinadas por la vida en un terreno macro-estructural (Taracena).

Además de la producción de entrevistas-relato (relatos dirigidos mediante un guion), también registré las prácticas cotidianas en los eventos de fiestas religiosas, fiestas familiares, juegos infantiles, rutinas –sobre todo la vida de ser mujer–; también se llevó a cabo el registro cotidiano y constante de diversas dinámicas y vivencias familiares de algunas familias identificadas sobre los ciclos agrícolas, las visitas de familiares migrantes, etcétera, a través de conversaciones, interacciones, actividades, estrategias de producción y reproducción, observación y registro de funciones de los miembros, de los lazos de afecto, de los conflictos, de los motivos de crisis, los principales problemas y la relación con el resto de los habitantes de la localidad.

Todo lo anterior me permitió contar con un vasto cuerpo de datos e información empírica para la elección de los relatos más representativos e ilustrativos acerca de la dimensión afectiva de la migración que a continuación muestro y analizo.

Los relatos seleccionados son representativos de la dimensión afectiva de los actores *afectados* por la migración pues en ellos es posible ubicar sentimientos, emociones, estados de ánimo y situaciones sociales, como rumores o chismes, que configuran la experiencia del fenómeno migratorio, enfocando el análisis en un campo donde lo social y lo individual, lo objetivo y lo subjetivo convergen. Además, en los relatos que se presentan, el centro de la comunicación gira en torno a expresar cómo se sienten, cómo los considera la comunidad o lo que sintieron en situaciones concretamente relacionadas con la migración. Esta comunicación en ocasiones fue acompañada de gestos, silencios, llantos o risas; cuando los actores no podían expresarse con palabras, se manifestaban a través de esos otros recursos del lenguaje no verbal.

RELATOS: VOCES Y ECOS DE LA AFECTIVIDAD EN LA MIGRACIÓN

Los relatos que se presentan han sido cuidadosamente seleccionados de un amplio acervo de registros de entrevistas. Estos fragmentos permiten mostrar una pizca de la intensidad de los afectos que, sin embargo, contienen una densidad y profundidad sumamente representativa de las emociones –y decisiones– que detona la migración en los actores implicados, en este caso mujeres.



LA ESPERA COMO INTERMITENCIA SIMBÓLICA DE LA EXPERIENCIA DE “ESTAR DEJADO”

Según los testimonios de personas que se quedan esperando a sus familiares migrantes en localidades michoacanas con alto índice de intensidad migratoria, *estar dejado* se refiere a quienes han decidido romper un vínculo afectivo y funcional que había sido construido recíprocamente y en donde el rompimiento pudo darse indistintamente por una o las dos personas que forman dicho vínculo.

Estar dejado o *estamos dejados* refiere comúnmente a los rompimientos de pareja, frase que se usa en los pueblos. Puede ser entendido como sinónimo de divorcio y con ello asumir la disolución del matrimonio.

Socialmente al *dejado* o separado se le atribuye un juicio de valor implícito que corresponde a formas de nombrar, que son representativas de expresiones ideológicas locales. Pues si nos detenemos a pensar un poco en el significado ideológico de la frase *estar dejado* es una descripción, un adjetivo calificativo que define una condición y situación actual de ser y de estar. Es algo así como estar limpio o roto, como feo o bonito, es una condición.

Estar dejado refiere al hallarse en estado de abandono, en falta de cariño, en desamparo, descuidado, decaído, rechazado, etcétera. Sin embargo, no nada más nos remite a la situación de separación, sino que también nos sugiere la presencia de un carácter pasivo de la persona que *está dejada*, es decir, que fue receptora de la acción que ejerció otra persona que *la dejó*.

De ahí que los posicionamientos del *dejarse* disten mucho entre sí: no es la misma condición y posición ante la vida *estar dejado* que *estar dejando*, pues el primero indica el recibir una acción, mientras que el segundo indica el estar realizando la acción y por lo tanto este segundo toma una posición activa. La acción de *dejar* implica el ejercicio activo de decidir en la manera de proceder para continuar o interrumpir un vínculo afectivo y/o funcional con un *otro*. De ahí que *dejarse* tenga connotaciones como desamparar, abandonar, faltar, ausentarse, y sobre todo en este caso ser faltante del cariño de una persona. En este sentido, hay sentimientos y emociones que en su contexto son entendidas como negativas, tales como el rechazo, la tristeza, la falta de cuidado hacia el otro e incluso la indiferencia.

Sin embargo, la condición de dejados no sólo se refiere a las parejas de amantes y los cónyuges, sino que también refiere a padres que *dejan* a sus hijos, o hijos que *dejan* a sus padres o hermanos que *dejan* a sus otros hermanos, u otros familiares y amistades que *dejan* a sus seres queridos para irse, en este caso, a Estados Unidos de Norteamérica a trabajar.

Podemos sugerir que el tema de *los dejados* puede ser una categoría de análisis social de la migración, ya que abarca otras significaciones y nuevas maneras específicas de maniobrar y recomodar la vida afectiva y la funcionalidad de los roles familiares y no una definitividad en la separación de los vínculos interpersonales, particularmente de la ruptura entre parejas y matrimonios como lo remiten algunos testimonios.

Los dejados son el sector de la población que experimenta la separación (ya sea definitiva o no) de sus seres queridos debido a la migración como práctica habitual; nos referimos a *los dejados*, a aquellos hijos y niñas y niños que se quedan en el lugar de



origen mientras alguno o los dos padres migran; también son esos padres que sus hijos son migrantes, o los hermanos(as) que se quedan en el lugar de origen, por lo general al cuidado de la familia mientras sus hermanos(as) son migrantes que trabajan y les envían remesas para el sostén de sus padres y la familia en general.

Se observa que *estar dejado* o separado implica vivir una situación cotidiana *intermitente*, parecida al estado de *espera*, en la medida que se significa como un intervalo temporal que no es definitivo ni para siempre, sino que es un estado pasajero, de intermitencia y tránsito, con la expectativa que en un futuro *ya no se esté separado o dejado*.

Las personas que se quedan en la localidad de origen, por ejemplo las mujeres que se separan de sus esposos migrantes, ponen en práctica algunas herramientas de orden simbólico que funcionan para paliar la ausencia y la separación y la sensación de *dejadez* por parte de sus seres queridos que migraron; por ejemplo, asumen *la espera* a quienes se fueron como una modalidad de llevar a cabo la vida matrimonial entre ambos lados de la frontera entre Estados Unidos y México.

La espera podría comprenderse como una posición ante el mundo que ofrece la posibilidad de actuar de la persona que se queda y que, a pesar de su pasividad de *estar dejado*, puede adquirir una posición: la de decidir continuar o interrumpir con el vínculo a través de su persistencia, pues el que espera deposita su confianza para que el vínculo con el otro lejano se mantenga y perdure pese a la lejanía del espacio en el tiempo.

A raíz de la migración de uno de los cónyuges, ocurre que ambas partes ingresan en una fase en su relación afectiva de *intermitencia* caracterizado por el *esperar para volverse a encontrar*; sin embargo, el que migra (generalmente el esposo) tiene la posición de accionar contra la espera y todos los costos que desencadena esta modalidad pues tiene la capacidad de interrumpir el estado de espera con su retorno, o de mantener la relación de pareja en la distancia con una cercanía *virtual* estando lejos físicamente pero simbólicamente presente; mientras que el cónyuge que se queda tiene una posición *pasiva* en tanto que está a la expectativa y en la incertidumbre de su posición con respecto a su pareja migrante, quien puede o no atenuar el estado de espera y sus desencadenantes situaciones y sensaciones.

La espera se hace materia en diversos ejercicios que ya son parte de las rutinas cotidianas y comunes en la mayoría de las casas de la localidad estudiada. Por ejemplo, al poner especial atención a los sonidos del teléfono con el anhelo de recibir noticias de los seres queridos que viven en el norte, o estar alerta de otros migrantes que regresan al lugar de origen para investigar qué novedades traen de otros paisanos que viven en el norte. También se materializa en la mención del otro ausente, que aparece en las anécdotas familiares de quienes se han quedado en el lugar de origen. El otro ausente también se hace presente enviando dinero, regalos, noticias desde el norte, buscando alimentar la esperanza de volver a estar juntos y la confirmación del vínculo como parte de una misma familia.

En este sentido, comprendemos que la espera del que se queda se presenta como posibilidad que se contrapone al abandono, a la desatención y la dejadez absoluta; es la opción para no llegar al descuido del vínculo y al cese de las funciones que el migrante ejerce más allá de la lejanía física, para mantener la presencia imaginaria del cuerpo ausente. Esperar pacientemente es, entonces, una artimaña de la simbolización humana paliativa al sentimiento de abandono o soledad, de resistencia ante la ausencia; es una



maniobra que amortigua el estado de separación entre dos personas que tienen un vínculo afectivo y funcional. Es la opción que se utiliza para no separarse del ausente en el terreno de lo simbólico, aunque tampoco se esté en el terreno de lo físico. Pese a los costos psico-sociales, ofrece la alternativa de estar cercanos en coordenadas de tiempo y espacio distintas, permitiendo acortar virtualmente el tiempo y la distancia entre dos seres que tienen vínculos: “[...] de recuerdos no se vive ni de ilusiones, hay gente que espera así, pero porque el marido está constante, está [diciéndote] ‘quiero que hagas la casa, quiero que compres esto’ y así lo logran...” (Alicia).

Se observa que entre las circunstancias que rodean la práctica de la espera ocurre un sin número de emociones y situaciones que van impregnando y matizando las percepciones de la vida cotidiana de estos matrimonios en estado de *intermitencia*. Hay sensaciones de incertidumbre entre la ruptura y la víspera de volverse a re-encontrar, los reencuentros bien valen por muchos años de espera y confirman que el marido no tiene otra pareja en EUA. Sin embargo, ante la incertidumbre, se observan sensaciones recurrentes de desesperación, principalmente de las mujeres, como respuesta a distintas experiencias de amenaza y de angustia, dada la sensación de pérdida del control de la situación a la casi nula continuidad de un vínculo amoroso. En esos casos, pesa la impotencia de ellas para lograr recibir sentimientos y acciones del cónyuge migrante que le vuelvan a dar garantía afectiva en su espera.

Entre los costos emocionales que se subrayan y que no son equiparables con las ganancias económicas se identifican situaciones como las siguientes:

...no tiene caso, no tiene sentido... económicamente no es tan difícil sobrevivir... al casarse uno es para estar compartiendo la vida con la otra persona, pero a veces tiene uno arranques de coraje y trueno [se separa], pero yo no me volvería a quedarme sola, lo ven a uno como desprotegido, no quiero privar a mis hijos de lo mismo, no le encuentro chiste que él [esposo] esté allá porque él está desesperado por ver al niño y a la niña y la verdad eso no lo vale el dinero, la verdad hace falta más el apoyo moral entre nosotros que el dinero. (Alicia)

Los relatos de las que se quedan nos permiten comprender la percepción del mundo que las personas tienen sobre su vida y sus experiencias, donde afectos con situaciones reales como el aspecto económico y las remesas se entrecruzan en la toma de decisiones y en las formas llevaderas de vida.

Siguiendo la propuesta de Calderón (*afectividad* 231), es posible analizar la dimensión afectiva tanto en su dominio funcional como en el dominio estructural. La autora propone, a manera de ejercicio, analizar la dimensión afectiva de distintas culturas a partir de un triángulo –que retoma de Lévi Strauss y su análisis del parentesco– donde ubica el par de emociones binarias y que está compuesto de tres elementos: valencia positiva, valencia negativa y energía (234).

Para el caso de la condición de *estar dejado* en la migración, podríamos proponer que éste es un valor negativo que implica o contiene una serie de sentimientos, emociones y afectos que son significativos para quienes se ven implicados en ellos. Estar dejado es visto como un fracaso en el proyecto de vida en la mayoría de los casos, pero al mismo tiempo, hay personas que logran resignificar esa experiencia y usarla como un impulso para generar nuevos proyectos o cambiar sus creencias y prácticas sociales, transformando así, poco a poco, su sociedad.



¿DE QUÉ SE RÍE ANA?

Otro tema que resulta ilustrativo para el análisis de la dimensión afectiva es el de la risa. Partimos de que existen diversas maneras de expresar las creencias, las opiniones, los juicios, las impresiones, conjeturas, etcétera, que pueden partir de las percepciones e interpretaciones individuales, las emociones y, por consiguiente, de la dimensión subjetiva de las personas sin ser necesariamente expresadas de manera verbal o directa, o claras o explícitas. La risa es una evidencia que revela esta dimensión subjetiva.

Durante el análisis de las entrevistas realizadas a mujeres indígenas migrantes en la Ciudad de México como localidad de destino, noté que la risa aparecía constantemente en sus relatos; mediante el análisis de estos, me di cuenta de que la risa era evocada de una manera particular para la expresión de aspectos que identifiqué como indirectos, pues reiteradamente la risa apareció de forma indicativa para expresar sensaciones y percepciones generalmente acerca del desenvolvimiento de sus ejercicios de vida diaria en la ciudad. Además me di cuenta de que mi interacción con ellas propiciaba su risa, de lo que pude percatarme meses después mediante el análisis de sus relatos: que la risa emergía en momentos que revelaban ciertas percepciones de sí mismas ante mí como su oyente.

Por ejemplo, la risa como un sinónimo de auto-juicio emergió en la entrevista de Luz cuando le pregunté la edad en la que se casó: "...ay pues no te digo... [ríe] [me case] a los 13 años, a los 13... [ríe]". Luz muestra con su risa que sintió vergüenza ante mí por haber practicado una costumbre más ligada con su origen indígena y actual y usualmente reprobable por la sociedad capitalina, como es el evento del matrimonio a temprana edad. Con la risa de Luz me di cuenta que mi presencia jugó el rol de antagonista a su acción, que la conduce a sentenciar –en este caso– sus propias costumbres.

...me da pena con mi ropa [se ríe], es que yo creo que me ven feo, que a lo mejor estamos robando... Yo no creo que a esa gente le guste mi ropa [se ríe], pero a mí tampoco me gusta la otra ropa... a mí me gusta más esta... (Isabel)

Isabel revela con risas el sentirse avergonzada ante los vecinos por usar ropa de origen indígena (quizás utiliza la risa como sustituto de exteriorizar ante mí otras emociones, como sería afirmar con un gesto congruente su malestar y desdicha por sentirse avergonzada). La vergüenza es entonces una actitud consonante al menosprecio en la ciudad y quizás son muchas más las implicaciones las que esta vergüenza conlleva. También con risas revela su atrevimiento a expresar sentir la diferencia en su gusto por otra ropa que no es la occidentalizada.

Es necesario resaltar que, sin un análisis, la risa suele asociarse principalmente con la alegría, el gozo o la diversión. Sin embargo, debemos tener presente que en cada cultura o grupo, las manifestaciones o expresiones de emociones o afectos son distintas, y lo que para unos puede significar la exteriorización de alegría, para otros puede ser usado como mecanismo para ocultar, disfrazar o intentar asimilar situaciones difíciles.



Como señala Le Breton, la expresión de las emociones permite tender un puente entre el mundo subjetivo y la realidad social, por ello, ante la comunicación entablada en la entrevista-relato, al tocar temas relacionados con las emociones vividas, la manera de manifestarlas puede tomar vehículos o formas distintas a las esperadas. En este caso, al relatar experiencias que para Luz o para Ana resultan vergonzosas al interactuar conmigo como investigadora, en lugar de nombrar la vergüenza recurren a la risa.

Otro ejemplo más amplio es el de la risa de Ana, quien se rió mucho a lo largo de todo su relato. Al escuchar y sistematizar detenidamente los momentos en los que Ana se ríe, comprendí cómo es que se imagina/posiciona Ana a sí misma. Posiblemente su risa también delate cómo se siente viviendo en un lugar de la Ciudad de México siendo indígena migrante.

Ana ríe cuando me cuenta acciones que normalmente son cuestionadas por otro. En este sentido, Ana supone mi presencia como representante de ese otro en la ciudad que la cuestiona:

...platicamos, vamos a sacar los moldes de las muñecas a escondidas y ahora cada quien vendió por su lado... [ríe] [...] ahí duré tres años... y luego empezamos a robar el molde, pero es que la señora no me quería pagar, que ya no había dinero, que quién sabe qué [se ríe].

Ana se ríe cuando exterioriza sus acciones de *sacar a escondidas* y de *robar* los moldes de muñecas, acciones que son socialmente reprobables. Sin embargo, Ana, al mismo tiempo, justifica sus acciones al afirmar que fue la señora quien inicialmente actuó mal: "pero es que la señora no quería pagar", viviendo depreciación de su trabajo.

Posiblemente la risa de Ana funciona como el sustituto de un auto-cuestionamiento por un lado ya introyectado, y muy probablemente derivado de los discursos ideológicos que emiten los otros urbanos que las juzgan y las colocan en una situación social específica como migrantes indígenas.

Ana ríe cuando se representa como una mujer que tiene *muchos* hijos y aprende a leer: "[...] ya no voy... y luego con tantos hijos menos [se ríe]", y cuando se presenta como una mujer adulta que está aprendiendo a leer pero aún no lo logra: "Ya estoy yendo a aprender a leer [se ríe], pero ya ni quiero ir porque ya tengo dos meses y no sé nada todavía...".

Ana se ríe mucho, se ríe de sí misma, se ríe a carcajadas cuando menciona que a su hijo le da pena que ella use ropa indígena, incluso ella dice que su hijo al crecer no deseará tener vínculos con ella: "Ahora dice que le da pena mi ropa, menos cuando crece, dice ya ni me va a querer ver... [se ríe a carcajadas]".

Ana se ríe cuando relata que en la escuela le dijeron a su hijo: "ahí viene ese indio chillando". También se ríe al enunciar que a sus hijas pequeñas les da pena reproducir la actividad que ella hace, vender en la calle: "[se ríe] ellas no [quieren] saben vender...". Se ríe cuando vive como *carente*, al compararse con otros que sí tienen; ella no tiene ni aquí ni allá: "[...] su maíz dice que le deja veinte, treinta millones, si va uno a vivir aquí, ni conoce uno de cinco o seis millones [ríe]. Yo no tengo tierra...". Ana se ríe cuando habla de su hija de quince años que se fue a vivir con su novio y dejó la secundaria: "...llegó a primero [de secundaria], pero ya no [se ríe], 'ora a ver con los chiquitos...".



Con su risa Ana expresa que es diferente y sus costumbres son distintas a las de la ciudad donde migró; pareciera que su risa, es una risa sobre sí misma, sobre su condición de ser en la ciudad.

¿De qué se ríe Ana? ¿Acaso se ríe por vergüenza de representar al actor social que ella representa? ¿Se ríe de ser quien es? ¿Se ríe acaso de su propia frustración? ¿Se ríe para no llorar? ¿De qué se ríe Ana?

REFLEXIONES FINALES

La migración en esta dimensión de estudio crea artificios desde la dimensión subjetiva y simbólica del ser humano, esto para contrarrestar las emociones negativas y difíciles. La dimensión afectiva de las y los migrantes puede comprenderse a través del uso del lenguaje –verbal, corporal, y el silencio–, donde reflejan y reflexionan sobre su vida, de manera simbólica y virtual.

Las entrevistas-relato permiten acceder a través del lenguaje a esa dimensión subjetiva; son una herramienta metodológica que junto con la observación participante dentro del trabajo de campo hacen posible no sólo obtener testimonios, sino interactuar con los actores y vincularse de una manera más cálida y cercana para abordar temas relacionados con la intimidad afectiva.

Además, esta propuesta metodológica busca cohesionar el estudio de ciertos eventos macro con las más íntimas estructuras sociales, como es la dimensión afectiva. Sin embargo, tanto las emociones, sentimientos y afectos como el género, por ejemplo, son estructuras culturales. Es decir, busca vincular los efectos de situaciones macrosociales –como puede ser el fenómeno migratorio en este caso– con otras esferas en diversas escalas sociales, como son la comunidad, el modelo familiar, la configuración de los roles de género y, por supuesto, lo que viven las personas en concreto: en este caso la vida afectiva.

Así, las entrevistas-relato –desde su producción, sistematización y análisis– permiten al investigador conocer las estructuras sociales. Entonces podemos plantear que dicha metodología es una metodología bisagra entre lo íntimo, lo público, y lo privado.

En los relatos mostrados destaca la capacidad de resiliencia de los migrantes y sus familiares, al crear estrategias para atenuar las emociones intensas y negativas tales como el enojo, la tristeza ante el abandono, la espera, el dolor o la vergüenza. También se resalta la capacidad de decidir y manejar las decisiones de vida. En algunos casos, podemos considerar la migración como una estrategia del individuo en búsqueda de oportunidades, de posibilidades de cambio, de cuestionarse y de reconstruirse, de salir de entornos.

La movilidad humana genera rupturas de las estructuras socialmente establecidas, lo que permite reflexionar y revisar si las estructuras son óptimas en un entorno como el actual. Por ello es importante cuestionar las formas de vivir en la familia, el matrimonio, la comunidad; la migración es un evento que irrumpe la vida cotidiana y al mismo



tiempo es parte de la vida cotidiana. La familia no se desintegra, sino que se acomoda para la experiencia transnacional, y lo mismo pasa con los matrimonios.

La migración es vista como la posibilidad para reescribir, rediseñar y reflexionar sobre cómo se viven las diversas situaciones y estructuras del yo, de la pareja, la familia y la comunidad en general. Es la posibilidad de ver y comprender nuevos conceptos de familia, de comunidad, de identidad, de nación, territorio, de frontera en emergencia y en reconfiguración constante.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, Nicola. *Diccionario de filosofía*. Fondo de Cultura Económica, 1973.
- Bajtín, Mikjael. *Estética de la creación verbal*. Trad. Tatiana Bubnova, Siglo XXI, 1989.
- Bateson, Gregory. *Naven, un ceremonial latmúl*. Júcar Universidad, 1990.
- Bericat Alastuey, Eduardo. "La sociología de la emoción y la emoción en la sociología." *Papers. Revista de Sociología*. núm. 62, 2000, pp. 145-176. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers/v62n0.1070>. Consultado el 28 ene. 2019.
- . "Emociones." *Sociopedia.isa*. 2012, pp. 1-13. <https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/47752/DOIEmociones.pdf?sequence=1&isAllowed=y>. Consultado el 1 feb. 2019.
- Calderón, Edith. *La afectividad en antropología: una estructura ausente*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, 2012.
- . "El papel de la dimensión afectiva en la adquisición del lenguaje materno." *Revista Alteridades*. vol. 27, núm. 53, 2017, pp. 11-22.
- Díaz-Cruz, Rodrigo. "La incompletud del lenguaje y lo inefable del sentimiento." *Psicología social. Revista internacional de psicología social*. vol. 1, núm. 2, 2003, pp. 40-58.
- Habermas, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa. II. Crítica de la razón funcionalista*. Taurus, 1988.
- Hochschild, Arlie. "Ideology and Emotion Management: a Perspective and Path for Future Research." *Research Agendas in the Sociology of Emotions*. editado por Th. D. Kemper, State University of New York, 1990.
- Kemper, Theodore. D. "How Many Emotions Are There? Wedding the Social and the Autonomic Components." *American Journal of Sociology*. vol. 932, núm. 2, 1987, pp. 263-289.
- Le Breton, David. "Por una antropología de las emociones." *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. núm. 10, año 4, 2012, pp. 69-79. <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/208>. Consultado el 28 ene. 2019.
- Mauss, Marcel. *Sociología y antropología*. Tecnos, 1979.



Schütz, Alfred. *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Paidós, 1993.

Taracena, Elvia. "Impacto epistemológico y social de la sociología clínica." *Historia de vida. Psicoanálisis y sociología clínica*. editado por Vincent de Gaulej et al., Universidad Autónoma de Querétaro, 2000, pp. 221-246.

Turner, Jonathan H. "Toward a General Sociological Theory of Emotions." *Journal for the Theory of Social Behaviour*. núm. 29, 1999, pp. 133-162.

Diana Tamara Martínez Ruíz es Licenciada en Psicología con Maestría y Doctorado en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Es profesora a tiempo completo de la Escuela Nacional de Estudios Superiores Unidad Morelia de la UNAM. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Cuenta con más de quince años de experiencia como investigadora en las líneas de: migración, familia y género, continuidades y transformaciones de la vida cultural, identidades, construcción de los imaginarios sociales, así como de los afectos y las subjetividades. Ha plasmado sus reflexiones y hallazgos en diversas publicaciones, entre las que se encuentran artículos, capítulos de libros y libros. Su trabajo está conformado por indagaciones que ha logrado construir a través de su participación en alrededor de catorce proyectos de investigación y en la dirección de más de quince tesis, así como en las reflexiones generadas en los cursos impartidos tanto en licenciatura como en posgrado.

tamara_martinez@enesmorelia.unam.mx